



“A medianoche se oyó un grito: “¡Ya viene el esposo, salgan a su encuentro!”. Mientras tanto, llegó el esposo: las que estaban preparadas entraron con él en la sala nupcial”
(Mt 25,6.10).

Queridísimas Hermanas,

mientras escribo estas líneas las pienso y las “veo” en el compromiso cotidiano, en las múltiples responsabilidades que, cada una en su lugar, y en el nombre de Jesús y de Don Orione, desarrolla entre los pequeños y los pobres. Para algunas, el inicio del año escolar las encuentra también en la fatiga de la inserción en una nueva Comunidad, en un nuevo apostolado, o en una nueva responsabilidad... Las pienso, las “veo”, y las sigo espiritualmente, conociendo el amor, la dedicación y la generosidad que anida en vuestros corazones, los deseos y el esfuerzo por responder fielmente al Señor en el camino de la santidad... Todo me es motivo de grande gratitud por lo que son y lo que hacen! Porque ustedes son el rostro concreto de cuanto una Pequeña Hermana Misionera de la Caridad, una hija de Don Orione, está llamada a ser, en la Iglesia y en el ambiente.

Con estos sentimientos vengo hoy a ustedes para compartirles algunas reflexiones que pueden acompañar el camino de preparación a la Pascua, y ayudarnos a “*ir al encuentro del esposo, del Resucitado*” con las lámparas bien preparadas y llenas de aceite.

Quisiera justamente invitarlas a todas a vivir este tiempo de Cuaresma en “*clima pascual*”, en “*clave*” de resurrección, como el tiempo que la Iglesia nos ofrece para prepararnos al encuentro del Resucitado, el tiempo de concentrar todas nuestras energías físicas, intelectuales y espirituales, para llegar a ser más verdaderas, más buenas, más bellas en las relaciones, en la oración, en el apostolado...

La “belleza” como camino hacia la interioridad

La fuerte llamada del XI Capítulo general nos ha colocado en un itinerario de transformación, de conversión y de renovación de nuestra vida consagrada orionina; esta “*metamorfosis*” puede ser generada solamente “*desde dentro*”, en nuestra interioridad, en la profundidad de nuestra consciencia, donde nos encontramos solas, cara a cara con Dios. Lo “*nuevo*” está en germen dentro nuestro, como el Verbo en el seno de María¹, pero no nacerá sin una decisión de nuestra parte, sin una adhesión radical y determinada, que transforme nuestro modo de ser y de vivir en lo que creemos y amamos.

El “*nuevo estilo de vida*” solamente podrá adquirir forma concreta, exterior y visible, cuando los valores que lo sostienen sean interiorizados y asumidos profundamente en nuestro corazón. Solamente un corazón transformado y convertido es capaz de transformar y convertir la realidad y hacerla más buena, más bella, más veraz y, en consecuencia, “*más legible y auténtica... capaz de entusiasmar*”² a otros a la secuela de Cristo.

Durante muchos siglos la Vida religiosa ha caminado por los senderos de una santidad que se canalizaba a través de tantas y múltiples formas de “*utilidad*” personal o

¹ Cfr. Sr M. Mabel Spagnuolo, Circular de Adviento 2011.

² Cfr. Actas XI Capítulo general pag. 42.

a favor de otros, y que, a través de las distintas formas de ascesis, sin duda heroicas y sinceras, constituían un paradigma seguro y entusiasmante³. *“Hoy, para donarse totalmente a Dios, no basta el deseo de lo “útil”, sino que se necesita ofrecer respuestas al deseo de lo “bello”. El evangelismo, si no es un hecho que se verifica como “bella noticia”, es solamente teoría, y como tal, es incapaz de injertar la realidad en el humus vital y fértil de una inexplorada cultura de la resurrección y de la fecundidad. Belleza no como un hecho estético, sino como un acontecimiento de gracia para la plenitud de la vida, para la experiencia de Dios”*⁴.

La “belleza” es una categoría teológica: Dios es belleza inexpresable y origen de toda cosa bella, buena y verdadera: *“Eres el más bello de los hombres, el encanto brota de tus labios! Por eso, Dios te bendijo para siempre”* (Sal 45,3). Solamente aquello que es capaz de fascinar y de atraer, puede enamorar el corazón y llevarlo a un don pleno y total: *“Maestro, qué bien que estamos aquí”* (Lc 9,33), y de esta experiencia de luz nace el deseo de permanecer con El: *“hagamos tres carpas”* (Lc 9,33)... Pero, de este descubrimiento y de este “permanecer” con El, en la intimidad, donde nos confrontamos con “el más bello”, pasamos a ser también nosotras “bellas” a Su imagen.

Son muy oportunas las palabras del Card. Martini: *“la verdad envuelve, cautiva y convence, en la medida en que se hace belleza y ternura, por lo cual nadie adhiere a un sentido último sino por una especie de fascinación de su belleza, perceptible y anticipable”*⁵.

Una renovada dinámica espiritual

Queridísimas hermanas, el tiempo de Cuaresma es el tiempo propicio para transformar, en la belleza de Jesús Resucitado, nuestra vida, nuestra fraternidad, nuestra oración, nuestras liturgias, nuestros ambientes, nuestras obras y servicios, nuestras relaciones con los laicos...

Cómo? Ya durante el tiempo de Adviento hemos iniciado este camino, leyendo, dialogando juntas acerca de las características del *estilo de vida*, e identificando las palabras claves.

Continuamos este itinerario, ahora en una manera más comprometida y concreta. Esas palabras claves deben comenzar a “germinar” en opciones concretas de bondad, de verdad y de belleza, que transformen la realidad donde estamos insertas.

El Capítulo general nos ha abierto las puertas, a través de la modificación de algunos artículos, para poder re-pensar de manera nueva las opciones personales y comunitarias, ya sea de la oración, de las formas de ascesis, particularmente para el Tiempo que ahora iniciamos.

Quisiera recorrer juntas dos de estos Artículos de las Normas generales que encontramos modificados en las pág. 59 y 60 de las Actas del XI Capítulo general.

El Artículo 34 nos introduce de una manera más profunda y fecunda, para favorecer el clima de silencio. Pero, ¿qué silencio? ¿Cómo hacer “bello” el silencio? ¿Cómo recuperar el valor de un silencio y de una soledad que sean el “seno” del cual broten las palabras más bellas y las más bellas relaciones?

Don Orione nos da una luz: *“Qué silencio dulce y lleno de paz! ... y, en el silencio, Dios solo! La soledad sin Dios hará descansar el espíritu, pero endurece el corazón: es una llanura florecida y perfumada, pero que no tiene más que un sol pálido y moribundo”*⁶.

³ Cfr. Cozza Rino csj, Dall’utile” passare al “bello”, Rivista “Testimoni” 1/2012, pag. 16.

⁴ Cozza Rino csj, Dall’utile” passare al “bello”, Rivista “Testimoni” 1/2012, pag. 16-18.

⁵ Card. Carlo M. Martini, “Tu sei bellezza” di E. Ronchi, pag. 24.

⁶ Lo Spirito, Vol IX, Unione con Dio, p. 194; O. D. P. 3-9-1899.

Nuestro silencio no es mutismo, evasión, aislamiento, indiferencia... es un silencio habitado y fecundado por la presencia de Dios: *“voy a seducirla, voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón”* (Os 2,16).

El silencio no es un fin, sino que está “finalizado” al diálogo y a la comunicación con las hermanas y con los hermanos; en este sentido, la autenticidad de nuestro silencio será verificada por la belleza de nuestro modo de comunicar, de dialogar, de abrirnos y de acoger al otro.

El Artículo 37 nos invita a vivir el espíritu de penitencia. Pero, ¿qué penitencia? ¿Cómo hacer “bella” la ascesis y la penitencia? ¿Cómo recuperar el valor de una penitencia y de una ascesis que sean el “germen” de nuevas relaciones, de un estilo de vida más bello, más evangélico y humanizante?

También aquí, las espléndidas palabras de Don Orione, colocadas al inicio del Artículo, nos dan la dirección justa: *“Rezo a la Santísima Virgen, Madre nuestra, por ustedes, para que les dé un espíritu no de austeridad, sino de caridad; de penitencia sí, pero de caridad, de caridad, de caridad, que a todas las consuma por el prójimo”*⁷.

Sólo el amor puede hacer “bella” la renuncia. La ascesis, los sacrificios y las penitencias no son un fin, sino que están “finalizadas” a la perfección de la caridad; ellas, sin el amor, hacen estériles las acciones, triste la vida y pesadas las relaciones; corren el riesgo de caer en el moralismo y en la hipocresía.

El espíritu de penitencia y de ascesis vivido en el más auténtico espíritu evangélico, hacen nuestra vida más “humana” y más “humanizante” y, por lo tanto, más “espiritual”: *“evidentemente este es un modo de pensar distinto a aquel tiempo en el cual, por influjo de la doctrina platónica, que ha encontrado amplio espacio en nuestra teología, se pensaba que, disminuyendo lo humano crecía lo divino, creyendo que la materia y la corporeidad fueran antítesis de la espiritualidad (...) La espiritualidad sin humanidad puede llevar a la frialdad del sin sentido, es decir, a la enfermedad de las pasiones tristes (depresión), que hacen perder la brújula volviendo áridas las surgentes de la vida. En estas situaciones no basta la fe de los “hermanos” para sacarnos fuera, para redimir las horas apagadas o tristes, sino que sirve la amistad de los amigos, porque es el corazón el que está sufriendo”*⁸.

En este sentido, la autenticidad de nuestras formas de ascesis y de penitencia será verificada por la belleza de nuestra caridad, de la justicia, de la bondad, de la solidaridad y de la amistad que vivimos en nuestras Comunidades.

Ya en el Antiguo Testamento Dios es muy claro con respecto a esto: *“El día de ayuno lo pasan entre disputas y peleas, y dando golpes criminales con los puños. Un día de ayuno así no puede lograr que yo escuche sus oraciones. ¿Creen que el ayuno que me agrada consiste en afligirse, en agachar la cabeza como un junco y en acostarse con ásperas ropas sobre la ceniza? ¿Eso es lo que ustedes llaman ayuno y día agradable al Señor?”* (Is 58,4-5). Jesús llevará a la plenitud este concepto, en su vida y en sus palabras: *“Id, pues, a aprender qué significa: Misericordia quiero, que no sacrificio”* (Mt 9,13).

El desafío comunitario del estilo de vida

Hermanas queridas, esta larga reflexión quiere ser la premisa que ilumine vuestras reflexiones y vuestro discernimiento comunitario, al inicio de la Cuaresma; el marco en el cual quisiera que ubicaran este “tiempo fuerte” de preparación a la Pascua, al encuentro con el Esposo Resucitado.

⁷Carta Magna, 18 agosto 1921.

⁸Rino Cozza csj, ibidem, pag. 19.

Las invito ahora a hacer una resonancia acerca de cuanto les he comunicado en estas líneas y luego, en el encuentro Comunitario, en el que organizarán este tiempo cuaresmal, leer juntas la segunda Dimensión de la Decisión sobre el “*estilo de vida*” que encontramos en las Actas del XI Capítulo general: **Dimensión sacerdotal** (litúrgica-cultural), a detenerse especialmente en los puntos del 10 al 24 y, a partir de estos puntos muy concretos, hacer el proyecto para esta Cuaresma:

- ¿qué formas de “silencio”, de “penitencia” y de “ascesis” podemos asumir, en sintonía con cuanto hemos leído?
- ¿qué compromiso, que nos lleve a hacer más *bella*, más *buena* y más *verdadera* la convivencia fraterna durante esta Cuaresma?
- ¿cómo hacer más *bellos* los ambientes comunitarios y los del apostolado o la obra?
- ¿cómo hacer más *bella* nuestra oración y nuestras celebraciones litúrgicas?
- El Esposo está llegando: ¿cómo quisiéramos que nos encuentre, personalmente, como comunidad, como obra? ¿Qué aceite cargar en abundancia en las lámparas personales y en la lámpara de la Comunidad?

Tenemos muchos instrumentos a disposición para poder realizar un verdadero y auténtico camino de conversión y de transformación de nuestro modo y de nuestro estilo de vida.

Nos ayudará en este tiempo *la Palabra de Dios* cotidiana que, junto al Pan Eucarístico, nos alimenta y nos da fuerzas; *los sacramentos*, especialmente el de la Reconciliación, constituye un espacio de gracia y de luz para verificar la justa dirección de nuestra vida; tenemos *las co-hermanas* con las que compartimos la vida cada día y que, a través del diálogo, la amistad y la promoción fraterna, son la “*voz*” providente de Dios junto a nosotros.

Aprovechemos estos medios y favorezcamos las unas a las otras el poder recorrer este Tiempo con serenidad, con alegría y con entusiasmo, a la espera de la Pascua, a la espera del Esposo.

La belleza de la femineidad al servicio del Evangelio

Tenemos un instrumento puesto por el Creador especialmente en nosotras, mujeres, y que es un canal natural y privilegiado de la “*belleza*” de Dios: nuestra femineidad.

Nosotras, mujeres, tenemos un particular modo de percibir y sentir las realidades, una sensibilidad e intuición naturales que nos ponen en condiciones privilegiadas de servicio, de compasión, de entrega. Si podemos afirmar que María es el rostro materno de Dios, nosotras siguiendo sus huellas, somos una prolongación de esta misión a través de la belleza de la maternidad espiritual. Don Orión nos quería “*hermanas y madres de los pobres*”, pero también madres y hermanas entre nosotras.

No podemos sofocar, bajo conceptos equivocados de austeridad, lo que Dios mismo nos ha dado como “*identidad*”. La sobriedad no es contraria a la belleza, por lo tanto, desarrollemos al máximo en este tiempo de Cuaresma, nuestra capacidad de hacer bella la vida. Ofrezcamos recíprocamente, y a todos, gestos de delicadeza, de gentileza, de amabilidad y compasión, de paciencia y comprensión, el don de la sonrisa, de la escucha, de la palabra buena, del gesto oportuno.

La belleza de nuestra femineidad es un instrumento eficaz de evangelización, de testimonio del rostro de un Dios que es belleza y bondad, es un instrumento que mueve a la fidelidad y a la perseverancia en la vocación, y que puede estimular y atraer nuevas vocaciones.

¡Ninguna se puede sentir fuera de este camino de transformación! Todas tenemos una belleza para ofrecer a los demás como fruto de un auténtico camino cuaresmal.

La belleza que Cristo quiere plasmar en nosotras tiene la misma intensidad en las jóvenes y en las menos jóvenes, en las más robustas y sanas como en las más frágiles.

La luz, la bondad y la belleza de Dios resplandecen con la misma fuerza tanto en los corazones y en las manos llenas de vigor de las más jóvenes, como entre las arrugas y los cabellos blancos de sabiduría de las hermanas más ancianas, en las habitaciones silenciosas de las hermanas enfermas como en el hogar, en el aula, en el lugar de apostolado de las misioneras.

La fuerza y la belleza de Jesús resucitado emergen con claridad en el silencio Eucarístico de las hermanas Sacramentinas y en la espera llena de confianza y de esperanza de las hermanas Contemplativas.

De la Cruz a la Pascua

Queridas hermanas, el Señor viene y quiere encontrarnos despiertas y alegres en la espera. El camino de la Cuaresma es un camino de esperanza, de fe, de compromiso, que nos conduce, a través del misterio de la Cruz y de la muerte de Jesús, a la vida plena de la Transfiguración en Él, del *Instaurare todo en Él*.

Auguro de corazón a todas un sereno y fecundo camino hacia la Pascua.

El domingo de Resurrección nos encuentre a todas prontas, como María de Magdala frente al sepulcro, para abrazar al Esposo con nuestra vida purificada y transfigurada: “*escucha, hija, mira, presta oído... prendado está el rey de tu belleza. Él es tu Señor, ¡póstrate ante él!*” (Sal 45,11-12).

Que después de estos cuarenta días de camino, podamos ofrecer al Esposo Resucitado los frutos y las primicias de nuestra vida fraterna retemplada en la caridad trinitaria, y podamos hacer nuestras las palabras de Don Orión: “*Nosotros somos pequeños y somos pocos, pero unidos a Cristo (...) La belleza y el esplendor de nuestra unión y fraterna caridad edificará la Iglesia, edificará las almas, y Cristo será glorificado y bendecido!*”⁹.

Saludo y auguro, también en nombre de las Consejeras, una buena Pascua.

Unidas en la oración y en el amor fraterno, abrazo a cada una en el Señor:

Sr. M. Mabel Spagnuolo
Superiora general

Roma, Casa general, 17 febrero 2012.

⁹Scr. 26, 148, carta a Don Piccinini, Mar de Hespanha MG, 17-10-1921.